razón no podrá hacerse en México, ciudad cuya población no llega ni á la sexta parte de la de la Capital de Francia? ¡Oja-lá que en México lográramos hacerlo para el bien público!

El movimiento de ómnibus, más que el de tranvías, es incesante en Paris. Todo el día los veis completos; parte de la noche el movimiento sigue. Todavía á las doce, á la una ó las dos de la mañana, escucháis por todas partes ese movimiento característico de las grandes ciudades, que poco á poco va desapareciendo, para renovarse con más vigor al día siguiente.

CAPÍTULO XLVIII.

DE PARIS A CANARIAS.

A BORDO DEL "REINA MARIA CRISTINA."

NUNCA he tenido ni tanto alborozo ni tanta agitación como el día en que me despedí, quizá para siempre ó para volver más tarde á verle, cuando Dios lo determine, de ese Paris alegre y bullicioso.

Pensaba en el regreso á mi Patria con verdadero entusiasmo. Sentía muy mucho, en verdad, abandonar por fuerza á la vieja Europa; empero la privación de la vista de los seres ausentes causa nostalgia profunda en el corazón. Sentía apartarme tan pronto de aquellas tierras en las cuales tanto había gozado; pero la ausencia de los patrios lares enferma, enferma de una manera terrible cuando hay, sobre todo, un mar de por medio y distancias imposibles de acortarse en un momento dado.

Revisamos, pues, nuestros pasajes en la Agencia de la Compañía Transatlántica Española, y nos apercibimos á salir de Paris con rumbo al Hâvre, en donde nos embarcaríamos.

Una noticia inesperada nos contrarió en parte y nos alegró al propio tiempo: en el mismo vapor que nos conduciría, harían el viaje, de Santander á Nueva York, los Infantes de España Doña Eulalia de Borbón y Don Antonio de Orleans, su consorte, invitados por el Gobierno de los Estados Unidos para las fiestas del Centenario del Descubrimiento de América, en Chicago.

Esto nos obligaba á no caminar del todo cómodos, puesto que todo el departamento principal de nuestre barco, el "Reina María Cristina," uno de los más hermosos de la Compañía, se destinaba para Sus Altezas Reales y su acompañamiento. La noticia nos alegró también, pues que de todos modos iríamos en buena compañía y tal vez muy divertidos. Por otra parte, embarcaríase la numerosa banda española del Regimiento de Zaragoza, y si el tiempo nos era propicio, agradable aunque larga travesía nos esperaba. Y no era esto sólo con lo cual nos brindaba tan excepcionalmente la fortuna: haríamos el viaje con otros muchos mexicanos, todos conocidos nuestros, que formaríamos un grupo unido y bullicioso que no había más que pedir.

Llegó al fin la hora de dar el adiós á la capital de Francia. En la vasta y magnífica estación de San Lázaro, una de las más grandes de Paris, tomamos el Ferrocarril del Oeste dos de mis compañeros y yo. En cuatro horas llegamos al Hâvre en el expreso. El camino es muy pintoresco y bello. Al salir de la estación en Paris, se camina algún trecho bajo las casas, y después se recorren campos fértiles muy bien cultivados, que riega el Sena, río que constantemente va mirándose y que cruza la vía diversas ocasiones, hasta que aquella arteria rinde el tributo de sus aguas al Océano, muriendo frente al Hâvre. En el camino es de notar especialmente la antigua ciudad de Ruan, capital del departamento del Sena Inferior.

Llegamos al Hâvre con mucha anticipación, porque se nos dijo que ese día (14 de Abril de 1893) zarparía el vapor á las ocho de la noche; mas como no fuera posible tal cosa, retardóse la salida para la misma hora de la mañana del siguiente día; en consecuencia, dispusimos del tiempo necesario para

conocer á la ciudad. Después de venir de Paris aquello nos pareció un desierto: la ciudad, que es una Subprefectura del departamento citado, no es extensa, de suerte que en pocas horas puede conocerse toda; tiene buenos edificios y un magnífico puerto; los barcos fondean en grandes dársenas; cada Compañía posee las suyas, teniéndose la inmensa comodidad de no tomar bote para ir á bordo: los coches mismos dejan al pasajero en los muelles al pie de la escala de los buques. Al nuestro, el "Reina María Cristina," gran vapor de cuatro palos, lo encontramos en obras de reforma interior; al comedor estaban transformándolo en salón de recepción, y todo el buque remozándose, dispuesto para recibir á Sus Altezas. Instalados nosotros en nuestros respectivos camarotes, pasamos la noche como Dios quiso, aguardando con ansia la hora de zarpar.

Amaneció un día espléndido: á buena hora estaba todo el escaso pasaje, inclusos nosotros, sobre cubierta, observando las maniobras para la salida del buque. A las ocho de la mañana comenzamos á surcar lentamente las aguas del Mar de la Mancha, para entrar después á las siempre agitadas y peligrosas del Cantábrico.

No sé por qué el mar, cerca de las costas, entusiasma: ya tempestuoso, ya sereno, cautiva, pero no en medio de sus aguas; cuando se le ve á diario, cansa, fatiga, y concluye la poesía y llega uno muchas veces á la desesperación; sobre todo, cuando en fuerza de la poca costumbre, cae uno azotado por los terribles efectos del marco.

Dos días tardamos en ver tierra. La tarde del 16 (señalaré fechas) distinguimos á lo lejos las costas de España; la proa del barco dirigíase para Santander, á media máquina; cerró la noche, la luz del faro se encendió, pero nosotros, á causa de la marea, no pudimos entrar al puerto sino hasta la madrugada del siguiente día. Fondeamos de nuevo en aquel puerto, acerca del cual ya os he hablado en otra ocasión, con-

sagrándole un capítulo especial; de suerte que no nos ocupará más ahora.

El puerto estaba animado: esperábase á los Infantes con esa curiosidad propia de todos los pueblos del mundo; como si los mismos soberanos en persona hubiesen ido á honrar con su presencia á la pintoresca ciudad de la provincia montañesa.

Por fin, los ansiados huéspedes llegaron procedentes de Madrid: las autoridades civiles y eclesiásticas y numeroso concurso de gente, esperaban á los Infantes en la estación: la ciudad se engalanó como por encanto y los barcos fondeados en la bahía se empavezaron. Sus Altezas, después de ir á la Catedral recorrieron en carruajes descubiertos lo principal de la población, que es bien poco, y á buena hora se encaminaron á bordo del "María Cristina," que enarboló en el acto en el tope del palo mayor el estandarte de los Infantes del Reino, que es de color morado con las armas reales en el fondo. No obstante ser este vapor un buque mercante, por un decreto del Congreso español, si mal no recuerdo, se le habilitó de buque de guerra, desapareciendo, por tanto, la divisa C. M. de sus banderas.

Y ¿por qué en un vapor correo y de pasajeros hicieron el viaje á Nueva York los Infantes; y por qué el "María Cristina," cambiando de itinerario, vino á disposición de ellos con todo y pasajeros? Tal cosa no la responderé yo, aunque abundaron los comentarios. El caso es que á las cinco de la tarde del 20 de Abril (sigo con fechas), izadas las escalas de nuestro buque, levamos anclas con rumbo á la Coruña, dispuestos todos á pasar, como mejor se pudiera, los malos ratos que comenzaban á proporcionarnos las travesuras de las olas juguetonas de aquel encrespado mar, que balanceaban al barco lindamente. La multitud se apiñaba en la ribera saludando á la majestuosa embarcación, aún empavezada, y nos fuimos alejando de allí, perdiendo luego á la costa que cubrieron las brumas. A esa hora, las cinco de la tarde, la campana anun-

ció la comida, y todos con distintos semblantes nos sentamos á la mesa, estrechándonos desde aquel momento los mexicanos que á bordo del "María Cristina" regresábamos á nuestra cara Patria.

Ahora, dos palabras acerca de los personajes, objeto de nuestra curiosidad y de las obligadas reverencias de todos. No creo que la noticia sea vieja por más que haya transcurrido un año bien largo desde aquel entonces á la fecha, porque los recuerdos siempre son vivos y oportunos á cualquiera hora y en todo tiempo que se traigan á la memoria: además, servirán para refrescar la de quienes estuvieron al tanto de las fiestas celebérrimas de la Exposición de Chicago.

Su Alteza Real, la Infanta Doña María-Eulalia-Francisca de Asis-Margarita-Roberta-Isabel-Francisca de Paula-Cristina-María de la Piedad de Borbón y Borbón, hija de la Reina Doña Isabel II, y tía del Rey Don Alfonso XIII, es la más guapa de las hijas de aquella soberana, y la más joven de todas; cuenta ahora treinta años; es de talle esbelto (permitidme hablar de talles) y elegante; su rostro, sin ser hermoso, es expresivo y simpático; sus grandes ojos azules revelan la viveza de carácter de Doña Eulalia; su cabello es rubio; la Infanta viste generalmente con sencillez, pero con sobrado gusto y elegancia. La Infanta está casada con su primo hermano Don Antonio-Luis-Felipe-María de Orleans y de Borbón, Infante de España é hijo de los difuntos Duques de Montpensier. Es de estatura alta, delgado de cuerpo, joven también, de cabello rubio, sin ser de gallarda presencia ni mucho menos elegante. La Infanta le sobrepasa notoriamente en viveza de carácter y aun en ilustración.

Venía de Jefe de la casa de los Infantes, siendo el punto culminante en toda la excursión, un personaje de viejo abolengo, y que actualmente desempeña el cargo de Gobernador Civil de Madrid: Don José-Angel-Juan Nepomuceno Mesia del Barco, cuarto Duque de Tamames, décimo Marqués de Campollano, grande de España y Gentilhombre de Cámara

de S. M., etc., etc., esposo de la actual Duquesa de Galisteo, hija de los ilustres Duques de Alba.

Don José Mesia tiene cuarenta años: es todo un hombre de mundo, ilustrado, como que se ha educado en Inglaterra y en Francia: es de buena presencia, elegante, altivo, usa monoclo.

Como dama de la Infanta venía la Marquesa de Arco-Hermoso, señora amable y distinguida, de regular edad y de bellísimo trato. Además, formaba parte del acompañamiento alto, digamos así, un Sr. Jover, diplomático; y por lo que hace al acompañamiento bajo ó servidumbre, tenían los Infantes para su servicio varios criados que lucían las libreas del Real Palacio.

A todo esto, nuestro barco seguía su camino casi frente á la costa de Asturias, y pronto estuvimos muy cerca de la Coruña.

Los primeros días de navegación, todos permanecimos reservados: ni los Infantes querían al principio mezclarse con el pasaje, ni éste se atrevía á estar con toda libertad; pero por fortuna esto no duró mucho tiempo, como en otro capítulo veremos.

A bordo se nos repartió á todos un itinerario impreso con la distancia en millas, y los días en que habíamos de llegar á un punto y partir de él para otro. De suerte que teníamos que tocar: la Coruña, las Palmas de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico y la Habana, donde transbordaríamos nosotros para México, siguiendo el "María Cristina" para Nueva York.

En Coruña rendimos la primera jornada. El recibimiento fué bueno: ante todo, las autoridades, de gran uniforme, se apresuraron á rendir pleito homenaje á Sus Altezas, y los gallegos hicieron cuanto pudieron por complacerles. Al fin volvimos á levar anclas: doblamos el cabo Finisterre, y henos navegando al Sur, en plenas aguas del Atlántico, rumbo á

Lisboa, con el objeto de tocar allí ligeramente para avisar á los Reyes de Portugal que los Infantes iban sin novedad.

Continuamos luego al Mediodía y pronto estuvimos á la altura de Gibraltar, cercanos al litoral africano. La temperatura iba cambiando notablemente; nuestros deseos por llegar á tierra eran grandes; todos los días veíamos la singladura, y todos subiendo sobre cubierta, ansiosos de descubrir el puerto deseado.

Yo tenía grande alboroto por visitar á las Islas Canarias, lugar histórico por haber tocado en ellas Cristóbal Colón, antes del descubrimiento de América, y porque son centro importantísimo del movimiento marítimo para la costa occidental de África y para la oriental de la América del Sur.

Al fin llegamos el 25 á las Palmas de Gran Canaria, y de esta ciudad y de las Islas hablaré también en el siguiente capítulo.